**La Luz es la guía de Dios**

El tema de la luz atraviesa la biblia totalmente. Aparece desde “el primer día“ en el relato de la creación, del libro del génesis: “dijo Dios” “haya luz “, y hubo luz. “ vio Dios que la luz estaba bien “ día y apartó dios la luz de la oscuridad ; y llamó Dios a la luz “día”; y a la oscuridad y la llamó “noche” (Gn 1,3).

Pero también lo encontramos al término de la historia de la humanidad, en el que un día sin ocaso está anunciado, destellando la presencia de Dios, luz verdadera. El apocalipsis hablando de la Jerusalén celestial declara efectivamente: la ciudad no necesita ni el sol ni la luna que la alumbre, porque “la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el cordero” (Ap 21,23) entre el comienzo y el fin se desenvuelve un combate terrible oponiéndose la luz ala tinieblas, la oscuridad a la revelación, la mentira a la verdad.

En el antiguo testamento, la luz aparece de golpe como una criatura de Dios. No es producida por los astros, que no están en la cronología del génesis sino, hasta el cuarto día.

Viene de Dios, se le aparece, refleja su belleza y su gloria. Las manifestaciones de la presencia de Dios son frecuentemente acompañadas de una luz destellante como el fuego del Sinaí. Del libro del éxodo en el que los rayos destellaban en la visión inaugural de Ezequiel. A veces, como en el libro de la sabiduría. La luz es identificada con el mismo Dios (cf. Sb 7,26)

La luz es asociada de buen grado también a la vida. Se espera la aurora como una gran bendición. Nacer en el leguaje bíblico es “ ver el día “ y el ciego de nacimiento simboliza la naturaleza mortal de hombre, y su estado de opacidad espiritual engendrado en él poder del pecado original.

Poco a poco la revelación “paraíso” e “infierno“substituyen a la luz de las tinieblas. “mi luz y mi salvación, es el señor”, proclama el salmo 27. La biblia deja entre ver un “paraíso” donde todo será iluminado por la luz divina, y todo será claridad y en la verdad, y opuestamente, un “seol” un infierna en el que tinieblas engendrarán la confusión y la angustia.

Desde el principio el nuevo testamento se coloca en esta temática y asociando a Jesús a la luz Zacarías bendiciendo a Dios en el nacimiento de su hijo, exclama: “por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar los que viven en la tiniebla y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos en el camino de la paz” (Lc 1, 78-79)

De una manera análoga, cuando María y José presentaron al niño Jesús en el templo, el anciano Simeón tomándolo en sus brazos declaro: “luz para iluminar a los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel” (Lc 2, 32).

San Juan en el prólogo de su evangelio afirma: “La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no lo recibieron”, además: “La palabra era la luz verdadera que iluminaba todo hombre que viene a este mundo” (Lc 1, 9).

Jesús en el día de trasfiguración ¿Acaso no se manifestó él mismo como la luz de Dios? Sus vestidos se volvieron resplandecientes muy blancos y su rostro fue irradiado de una luz (cf. Mc 9, 2-3). Jesús también se revelaba como la luz del mundo, a los ojos de todos, a través de sus actos. Las numerosas sanaciones a los ciegos en este contexto toman un significado muy particular y esclarecen algunas palabras de Cristo, como: “Yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

No hay otro compromiso posible entre las tinieblas y la luz no pueden cohabitar. Si están estrechamente ligadas, cuando más fuerte es la sombra tanto más viva la luz, una expulsa automáticamente a la otra. Las obras de mal se despliegan.

En efecto en la sombra de la noche y el “diablo” es llamado “príncipe de las tinieblas”. “Era de noche” (Jn 13, 30), cuando judas salió del cenáculo para entregar al maestro.

Jesús sufrió la tentación mayúscula de abandonar su misión, en medio de la noche, en el jardi de Getsemaní. Los que vinieron a detenerlo lo hicieron en plana noche, entre antorchas y llamas. Jesús les declaró: “Esta es su hora y del poder de las tinieblas” (Lc 23, 44).

A diferencia de la mañana de resurrección, la piedra de la tumba rodó y permitió a la luz penetrar en el lugar de la muerte. Desde entonces, los que creen en la resurrección de Cristo son llamados a ser “hijos de la luz”, para retomar la expresión de Pedro en su primera carta; “De aquel que se les ha llamado de a tinieblas a su luz admirable” ( 1 p 2, 9)

Los hijos de la luz deben renunciar al mundo y a las seducciones de las tinieblas, caminar en la claridad y mantenerse en ellas. Habiendo recibido la luz de Cristo, por el bautismo, como lo expresa explícitamente la liturgia bautismal, hemos llegado a ser portadores de ella, “No se enciende una lámpara para ponerla de bajo de un celemín (Mt 5, 15)

Desde entonces les corresponde desplegar la luz según la enseñanza de Jesús: “brille así y delante de los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su padre que están en los cielos” (Mt 5, 16)

Ahora pues, caminando hacia el reino de los cielos guiados por la luz de Cristo, los hombres accederán a la luz que no se apaga: “No habrá noche, no tienen necesidad de luz de lámpara ni de la luz del sol, porque solo el señor dios alumbrará y reinará por los siglos de los siglos” (Ap 22 ,5)